

MONSEÑOR ROMERO Y LA CLAR

P. Carlos Palmés, SJ¹

Fue un gran dolor para todos el asesinato de monseñor Oscar Arnulfo Romero en manos de los militares y de los poderosos, y es grande ahora la satisfacción de que al fin la Iglesia lo ha declarado mártir de la fe y del compromiso con los pobres. Él era también pobre en su niñez y esto le dejó una actitud de sencillez, de humildad, de ternura que lo caracterizó toda su vida. Estudió ascética y mística en Roma y desde el principio de su sacerdocio se distinguió por su caridad y entrega.

Pero en un principio no aceptaba algunas novedades del Concilio Vaticano II y siendo obispo auxiliar de San Salvador (1962-1965) no tuvo buenas relaciones con el Arzobispo.

Pero todo cambió cuando descubrió que el gobierno y los militares no respetaban los derechos humanos y que había muchas personas que sufrían injustamente. Recién elegido Arzobispo de San Salvador en 1975, hubo un hecho que le impactó mucho y fue el asesinato, por parte de la guardia nacional, de un grupo de campesinos que regresaban de un acto religioso. Y sobre todo el asesinato de un hombre muy querido, el P. Rutilio Grande, SJ, en El

¹ Religioso de la Compañía de Jesús nacionalizado en Bolivia. Doctor en teología espiritual de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Durante 23 años desempeñó diversos servicios en la CLAR: Junta Directiva, Presidencia y Equipo de Teólogas/os Asesoras/es de la Presidencia de la CLAR (ETAP). Como jesuita ha sido Provincial de Bolivia y Maestro de novicios. Dedicó su tiempo a la orientación de ejercicios ignacianos, talleres, conferencias y cursos para formadores religiosas/os en Cochabamba.

Paisnal, el 12 de marzo de 1977. Mons. Romero pidió al Presidente de la nación que abriera una investigación y excomulgó a los culpables. Luego celebró una Misa única para todos en la ciudad a la que asistieron 100 mil personas. Así mismo creó un comité permanente de derechos humanos.

En la homilía por la muerte del P. Rutilio, Mons. Romero decía: “bendito sea Dios que en la muerte del P. Grande la Iglesia está diciendo: ‘sí, hay solución, la solución es el amor, la solución es la fe, la solución es sentir la Iglesia no como enemiga, sino como el círculo donde Dios se quiere encontrar con los hombres’. Comprendamos esta Iglesia, inspirémonos en este amor, vivamos esta fe y les aseguro que hay solución para nuestros grandes problemas sociales”.

Todavía, luego en mayo del mismo año, mataron al P. Alfonso Navarro, y el 20 de enero del 78, mataron a otro sacerdote, el P. Octavio Ortiz, junto con 4 jóvenes. Estos y otros casos son los que en enero del 79 le hacían exclamar, dirigiéndose a los Cuerpos de Seguridad: “¡ya basta!”.

Con estos hechos se dio una “auténtica conversión” en Mons. Romero. El P. Jesús Delgado, su exsecretario decía que “ante todo Monseñor era un hombre de Dios, un hombre de la Iglesia y un hombre de los pobres. Para mí es un santo y un mártir. Si yo fuera Papa, lo habría canonizado”.

La muerte de estos sacerdotes y especialmente la del P. Rutilio lo afectaron profundamente. El P. Rutilio había nacido en ese pueblo de El Paisnal y estaba allí como párroco. En su predicación defendía valientemente a los pobres y a los perseguidos. Durante su predicación en la Eucaristía se dio cuenta de que unos policías estaban grabando sus palabras para poder acusarle. Se detuvo en su predicación y dirigiéndose a ellos les dijo que se daba cuenta de lo que hacían, pero que esto no le impediría decir la verdad y defender a los pobres. El día 12 de marzo de 1977 fue asesinado cuando volvía con un catequista y un niño a su parroquia. Allí hay ahora una cruz grande que lo recuerda. Está como a unos cien metros de la parroquia junto al camino que conduce a ella. Es una cruz grande, blanca, que puede verse a distancia.

1. ¿Qué hacer?

Frente a esta situación confusa e incontrolable, Mons. Romero convocó a las/os religiosas/os de toda la nación para reflexionar juntos para ver qué actitud tomar como Iglesia. Se reunieron unos 300 miembros de los diversos Institutos. Estaba también el obispo auxiliar, Mons. Rivera Damas. Yo estaba entonces como Presidente de la CLAR y nos pareció que era necesario que me hiciera presente para expresar el apoyo de todos los Religiosos de América Latina y el Caribe y para mostrar que estábamos preocupados por ellos y que queríamos acompañarlos.

En ese momento, estaba hablando el P. Jon Sobrino, SJ, y otros sacerdotes, haciendo una descripción de la situación en que se encontraban para discernir juntos sobre lo que convenía hacer como Iglesia. Estuvimos tres días reunidos. Era tan confusa la situación, que al fin no se llegó a ninguna conclusión. Y lo único que se le respondió a Monseñor es que estaban todos dispuestos a hacer lo que él dijera. Los hechos eran confusos, pero esto unió mucho a todos las/os Religiosas/os alrededor de Mons. Oscar Romero. Si

éste pedía que se cerrasen todos los colegios católicos, lo harían, o si les indicase hacer una manifestación en las calles de la ciudad, lo cumplirían. Entonces el Arzobispo agradeció la disposición de todos y aprovechó para decirnos la preocupación que sentía al ver abandonada la parroquia de El Paisnal y que pedía que algunas religiosas tomaran la responsabilidad de ella. Se ofrecieron 17 religiosas.

2. En Puebla

A fines de enero de 1979 se celebró la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla. Así como en Medellín comenzó una “nueva primavera” para la Iglesia y se inició una nueva época esperanzadora, en Puebla más bien comenzaron a aparecer algunos nubarrones que manifestaron una cierta división. Algunos obispos se reunían aparte para presentar su visión contraria al cambio, mientras la mayor parte seguían los caminos iniciados en Medellín. A los religiosos de la CLAR, un grupo de 21, algunos obispos nos acusaban de estar haciendo “un magisterio paralelo” al de los obispos. Nosotros expresamos con libertad nuestra postura, que era la de la mayoría

de los obispos, de dar respuestas nuevas a las nuevas necesidades y esperábamos con ilusión el documento que se iba a producir para difundirlo por todo el Continente. Cuando se puso a votación fueron pocos los que aceptaron introducir esa frase del “magisterio paralelo” y un gran porcentaje la rechazaron. Mons. Romero era uno de los que nos manifestaban a los religiosos mayor simpatía y amistad. En el fondo del problema estaba la postura clara de los/as religiosos/as de todo el Continente de trabajar por la justicia y de ponernos al lado de los pobres. El tema de la teología de la liberación era como un fantasma para algunos. La que rechazaban porque la consideraban contaminada de marxismo.

Para nosotros fue de gran satisfacción la declaración final del Secretario de la Conferencia General, al afirmar que los obispos, en nombre de toda la Iglesia asumían decididamente la “opción por los pobres”. Más tarde el papa Juan Pablo II lo completaba diciendo que esa opción era “firme e irrevocable” (SD, 178).

En la elaboración del documento los obispos se reunían en grupos y presentaban un borrador

para ser discutido en la asamblea. Cerca del seminario donde estaban reunidos, estaban los teólogos de la CLAR que se pusieron a disposición de los obispos que solicitasen su ayuda. Había un buen grupo de obispos que pedían este servicio. En dos horas los teólogos tenían la respuesta que los de la CLAR llevábamos al seminario. Por supuesto que Mons. Romero estaba entre los que solicitaban esta ayuda. Y allí le conocimos y tuvimos ocasión de conversar con él como con un amigo.

3. “San Romero de América”

Así lo llamaba el obispo Casaldáliga. Si ha habido un hombre que haya entregado su vida por los pobres y necesitados, movido por el amor a Cristo, es él. Y lo hizo con gran valentía y sabiendo que se jugaba la vida con su modo de proceder, especialmente en sus famosas homilias de los domingos. No improvisaba; se asesoraba con el equipo de jesuitas de la Universidad Católica que más tarde fueron también mártires por la misma causa.

El 15 de octubre de 1979 hubo un golpe de estado en El Salvador, pero no se arregló nada. Mons. Romero viajó a Roma para encon-

trarse con Juan Pablo II, pero ya no había posibilidad de cambio.

El domingo de Ramos, 23 de marzo de 1980, exhortó vehementemente a los militares gritando: “en nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión! El día siguiente, 24 de marzo, a las 6:30 de la tarde, mientras estaba celebrando la Misa en la capilla del hospital de la Divina Providencia, fue asesinado por un francotirador con un tiro al corazón. Fue llorado por mucha gente no sólo de El Salvador, sino de toda América Latina y de todo el mundo.

4. Una Misa inolvidable

No mucho después, la Junta Directiva de la CLAR tuvimos una reunión en El Salvador para retomar nuevo impulso en el camino emprendido. Y celebramos una Misa en la misma capilla en que fue asesinado Mons. Romero. Estábamos allí reunidos todos los miembros de la Junta Directiva de la CLAR. Presidió el P. Luis Coscia, OFM cap., nuevo Presidente de la CLAR, y uno de los Vicepresidentes, el P. Gregorio Iriarte, OMI, de

Bolivia. Como no podían concelebrarla ninguno de los otros dos Vicepresidentes, un Hermano y una religiosa, me invitaron a mí para estar a la izquierda del Presidente.

Me impactaron mucho las palabras que dijo Fray Luis Coscia en su homilía: En este altar es donde fue asesinado Mons. Romero mientras celebraba la Eucaristía. Por el impacto de la bala, cayó herido de muerte, aquí a mi lado izquierdo. Era precisamente el lugar donde yo me encontraba concelebrando.

Desde entonces tengo en las paredes de mi cuarto unas imágenes que me recuerdan continuamente su martirio y me impulsan a ser fiel a su misma causa. Una reproducción de una pintura en la que se representa el momento en que cayó herido junto al altar. En ese poster tengo pegada una reliquia muy apreciada, que es un pedacito del purificador empapado con la sangre de Mons. Romero que recogió una Hermana de la comunidad. Otra fotografía en que está sosteniendo en sus brazos con gran expresión de ternura a una niñita. Y la fotografía de la Misa en que estábamos celebra-

do los tres representantes de la CLAR.

5. Beato Mons. Oscar A. Romero, mártir

El proceso de beatificación se inició desde muy pronto, pues ya antes de iniciarlo, el pueblo le consideraba santo y mártir de la fe y de los pobres. Recojo algunos de los datos que desarrolla en su ponencia Mons. Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de San Salvador, en el Congreso de los 50 años de la CLAR (MEMORIAS, junio 2015, pp. 471-481). Él conocía a Monseñor ya desde sus estudios en el Seminario.

Es un hecho lamentable que la causa de beatificación que había comenzado con tanto fervor y esperanza, fuera marginada y olvidada durante tantos años. La razón es que en la Curia romana había un grupo de obispos que no lo consideraban mártir de la fe. Y aún entre algunos sacerdotes del lugar.

Se puede constatar esto con hechos como los que cuenta Mons. Gregorio Chávez. “De Mons. Romero dijeron que su predicación no era pastoral, sino política, que no era un pastor, sino un agita-

dor; se dijo incluso que era comunista”.

Uno de los momentos más dolorosos fue cuando vino un representante del Vaticano “con una carta muy dura del Secretario de Estado. Él -monseñor Romero- hizo varias observaciones y traté de convencerlo de mis convicciones en conciencia, pero noto en él cierta prevención contra mi proceder... y mantiene ciertos temores”.

Y en una reunión del representante pontificio con la Conferencia Episcopal, monseñor Romero escribió: “por mi parte expresé que era mi afán de fidelidad al Evangelio y a la doctrina social de la Iglesia, la cual siempre resulta conflictiva”.

“El Nuncio insiste en que debo ceder hasta donde sea posible... pero no en lo sustancial cuando se trata de ser fiel al Evangelio”.

6. Mons. Romero por dentro

“En los Ejercicios espirituales de febrero de 1980 escribió: mi disposición debe ser dar mi vida por Dios cualquiera sea el fin de mi vida. Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de

Dios. Él asistió a los mártires y si es necesario lo sentiré muy cerca al entregarle el último suspiro”.

Las palabras que pronunció en la capilla del hospital de la Divina Providencia, momentos antes de ser asesinado, son muy elocuentes: “es necesario no amarse tanto a sí mismo que se cuide uno para no meterse en los riesgos de la vida que la historia nos exige, y que el que quiera apartar de sí el peligro, perderá su vida”. Y pocos días antes había escrito: “mi disposición debe ser dar mi vida por Dios, cualquiera sea el fin de mi vida”. “Me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van

a ser eliminados la próxima semana”.

El 3 de febrero de 2015, el papa Francisco firmó el Decreto que declaraba el martirio de Mons. Romero *in odium fidei* (por odio a la fe).

A su entierro asistieron más de 50.000 personas. Y los militares arremetieron contra la multitud y mataron a 35 personas. A su beatificación, el 23 de mayo del 2015 asistieron más de 200.000 personas, la mayor parte de El Salvador y otras muchas venidas de numerosas naciones del mundo.